DOCE VIAJEROS ROMÁNTICOS FRANCESES ANTE LA IRREDUCTIBLE HISPANIDAD IDIOMÁTICA

Jean-René AYMES
Universidad François Rabelais, Tours

Introducción

Una de las particularidades inmediatamente visibles de los relatos de viajeros franceses por España es la presencia, más o menos masiva, en el seno de los textos, de palabras, elementos de frase, refranes o poesías, que vienen en idioma español y cuyo carácter exógeno, respecto al idioma francés, suele estar señalado por el uso de comillas.

Esa inserción que, unas veces tiende a la asimilación puntual del idioma español por el francés y, otras, sirve para poner de relieve la irreductible especificidad del castellano, ilustra uno de los postulados en que se funda el examen de la realidad hispánica por los "turistas" galos en la época romántica. De esta realidad nacional *sui generis* forma parte la realidad idiomática, por una serie de razones: la existencia del idioma indígena —en el caso concreto, el español— confirma la supervivencia de uno de los caracteres nacionales que son precisamente lo que procuran desentrañar y se complacen en enfatizar los observadores extranjeros. Que éstos entiendan o no la significación de los discursos que pueden oír, concuerdan para estimar que el manejo del idioma local ofrece insustituibles atisbos sobre la idiosincrasia, mentalidad y modalidad existencial de los habitantes del país.

Ello significa que la realidad idiomática de un país no se contempla como un epifenómeno carente de significación, sino como un posible indicador importante. En cuanto al idioma que esos observadores aprehenden en su forma escrita a través de carteles o de inscripciones grabadas en monumentos, proclaman, para legitimar la atención que prestan a esas manifestaciones del idioma, que estas últimas aclaran el pasado —histó-

rico, cultural y literario— del país visitado. Por fin, la incorporación de palabras españolas en el texto francés sirve para dar al relato cierto “colorido local”, sumamente valorado —como es sabido— en la época romántica.

Por supuesto, ese procedimiento no se aplica sólo a la península ibérica, sino también a los demás países europeos y extra-europeos. El denominador común entre los idiomas latinos (el español, el portugués y el italiano) es que, parcialmente inteligibles por los profanos —en cualquier caso, más inteligibles que el alemán, el inglés, el ruso o el árabe—, esos idiomas latinos ofrecen más facilidades de incorporación al texto francés que los idiomas germánicos, eslavos o africanos, aunque no se ha de excluir que la “incrustación” de algunas palabras rusas o árabes haya podido conceptuarse como más portadora de exotismo que la transcripción de palabras apenas extrañas, respecto a lo francés, como lo serían “cigarro”, “mula” o “liberales”.

Para calibrar la intensidad del efecto “extranjerizante” —siempre buscado por nuestros autores— de esa incorporación de vocablos españoles en su forma original, se ha de diferenciar el bajo rendimiento “extranjerizante” de las palabras, o ya afrancesadas tras alguna ligera modificación (como “mantille”, “guitare”, “cortès”, “alcade”, “duègne”), o ya incorporadas en el acervo común del idioma francés (como “hidalgo”, “muleta”, “sierra”), y el rendimiento “extranjerizante” superior de palabras sólo en vías de nacionalización: de ahí la vacilación gráfica corriente entre “bolero” y “boléro”, entre “guerrilla” y “guérrilla”, entre “fandango” puesto o no entre comillas. El grado más alto de efecto “extranjerizante” lo alcanzan las palabras que, no incorporadas todavía al idioma francés corriente, no sugieren automáticamente ningún equivalente en el idioma francés, como “chulo”, “presidiario”, “rosquillas”, “indulto” o “tabardillo”.

Esa enorme diferencia, en cuanto al efecto de sorpresa o de seducción producido sobre el lector profano, es fácil de notar si se opone, por ejemplo, la palabra “capitán”, que casi puede pasar desapercibida, a la de “asentista” en su forma afrancesada “assen-tiste” que exige alguna aclaración si el autor no quiere dejar a su lector *in albis* (de comprensión)¹. De ahí la variedad de los tratamientos técnicos a los que se puede someter el vocablo incorporado.

Me parece circunscribirse a las seis modalidades siguientes:

1. Se deja el vocablo español en su forma original, sin la menor alteración, sin comillas y sin aclaraciones, porque se da por conocido o descifrable el sentido (sierra, fandango, hidalgo).

(1) Este ejemplo está sacado de *Un hiver à Majorque* de George Sand, en *Oeuvres complètes*, Ginebra, Slatkine Reprints, 1980, t. XVI, p. 17.

2. Lo mismo con comillas o en bastardillas (“caballero”, “sombrero”, “pronunciamento”).

3. La palabra española, con o sin comillas, viene acompañada de un paréntesis en el que se da un equivalente francés, o seguida de una coma tras la cual viene el equivalente:

- la “berlina” (le coupé) - la “manola” (la grisette) - une “tertulia” (assemblée) - une “aldea” (métairie isolée).

4. La palabra española acompaña, tras una coma o entre paréntesis, la palabra francesa equivalente a la que se ha conferido la anterioridad y quizá la preeminencia en el texto francés:

- un libéral, un “negro” - un petit collet (“alzacuello”).

5. Una forma de escueta definición o explicación, que viene tras una coma o que está introducida por una locución como “c’est-à-dire”, “ou”, “une espèce de”, etc, acompaña la palabra española, en general entre comillas:

- le “corpiño” ou espèce de velours noir - l’“agraz”, espèce de boisson faite avec du raisin vert - “echar el brindis”, c’est-à-dire littéralement: porter le toast.

6. Una explicación más o menos minuciosa o científica se ofrece a continuación de la palabra española problemática, sea en el cuerpo del texto, sea —pocas veces— en una nota a pie de página:

- les “quesitos” sont de petites glaces dures (Gautier)
- les “garbanzos” sont des pois de la grosseur d’une balle de calibre (Dumas).

Sería un estudio de nunca acabar el que pretendiera abarcar dejando de lado los discretos y lógicos afrancesamientos (“guerrilla” convirtiéndose en “guérille”, “alpargatas” en “alpar-gates”), las innumerables alteraciones, más o menos toscas o absurdas, que en total denuncian el desconocimiento generalizado —salvo unas contadas excepciones— del idioma español, y el desenfado o irreflexión con que es tratado por los narradores galos. Pero es verdad que una porción de esas adulteraciones se ha de achacar, no a los autores, sino a los editores que también suelen mostrarse poco cuidadosos. Un justo reparto de las culpas habría de apoyarse en la comparación sistemática de los manuscritos de los autores con las versiones impresas. De todas formas no se puede negar la responsabilidad de algunos

editores, porque resulta difícil admitir que un autor escriba, por ejemplo, una vez “birlocho” y otra “birlucho” (Sand), o, una vez “la parador” y otra “el parador” (Dumas).

A pesar de la ilimitada variedad de los errores cometidos, se puede esbozar una especie de tipología de alteraciones y confusiones reveladoras, a veces, de una falta de interés del autor por el idioma español y, más a menudo, de la ignorancia de su especificidad en cuanto a la sintaxis, grafía, acentuación, aparte de las equivocaciones respecto al sentido de las palabras:

— La acentuación

- Lo más corriente es el olvido del acento tónico (su introducción quizá hubiera planteado un pequeño problema técnico a los impresores):

“silleria” - “habito” - “jamon” - “cantaro” - “violin”.

- En algunos pocos casos sobra el acento en la “e” (este acento sirve para asemejar la pronunciación francesa a la española):

“toréador” - “valès” - “realès”.

— La equivocada reiteración consonántica (en casos rarísimos, se suprime erróneamente, mientras que en muchísimos otros se introduce, también erróneamente, por efecto del inconsciente modelo francés):

- “torreador” - “vacca” - “pecettes”.

— Las alteraciones consonánticas y vocálicas (torpes interpretaciones o grafías):

- La confusión v/b.

Casi siempre se da en el sentido v → b.

“nabaja” - “paba” - “bamos”.

Caso inverso, excepcional: “verros” (por “berros”).

- La confusión s/z y c/z.

Casi siempre se da en el sentido s → z y c → z.

“onze” - “brazero” - “bazo” (por “vaso”) - “donzella”.

— La ignorancia de la tilde:

- “duegna” - “los espagnoles” - “madrono”.

— Los finales de palabras y sufijos adulterados (pocos casos):

- “camino reale” - “jota aragonesa”.

— Las construcciones torpes, por desconocimiento del valor y uso de algunas preposiciones y conjunciones (pocos casos):

- “corrida de los toros” - “el tendido des manolos” - “de la langosta” (en lugar de: “¿quién quiere langosta?”).

Por último tendría gracia hacer la lista, no corta, de las equivocaciones a propósito de la significación de algunos vocablos o, a veces, de la confusión entre dos palabras. De nuevo el consciente o inconsciente recuerdo del idioma francés se hace responsable de errores crasos o ridículos. He aquí un brevísimo muestrario:

- “chueta”, para ciertos habitantes de Mallorca, traducido por “chouette” (lechuza).
- (español) “rancio”, traducido por (espagnol) rancee (en francés: picado o agrio).

Como intentaré concretarlo e incluso calibrarlo numéricamente, la densidad de errores varía de un autor a otro, como también varía la naturaleza del vocablo afectado. A pesar de la existencia de algunos centros de interés común que constituyen el amplio receptáculo en el que los autores toman prestados palabras, expresiones idiomáticas, interjecciones, jirones de conversación callejera, refranes, poesías populares y extractos de literatura, la cosecha lingüística que recogen los viajeros ofrece —como lo veremos luego— unas notables diferencias cuantitativas y cualitativas.

Uno de los principales elementos discriminadores, aunque no el más importante, procede de la duración de la estancia o recorrido de los visitantes. Por supuesto, si sólo pasan en España unas horas o unos días —como fue el caso de Flaubert y de Stendhal—, ni siquiera les da tiempo a los autores para captar en toda su riqueza la realidad idiomática del país que apenas entrevén. Por el contrario, si pasan en España un mes o varios meses —como en el caso de Dembowski— y sobre todo si abren el oído a los discursos y procuran establecer contactos orales con los habitantes sin contentarse con admirar monumentos y paisajes, en este caso pueden recoger, en mayor o menor cantidad, migajas o importantes pedazos idiomáticos —si se puede decir—.

O sea que la importancia de esa cosecha depende obviamente del interés variable que el autor confiere a la realidad lingüística del país visitado. Lógicamente, basta con que el escritor proclame un deseo de chapurrear el español y de someter a entrevistas a algunos habitantes —de ello son ejemplos Hugo y Gautier— para que su descripción se vaya enriqueciendo luego de elementos lingüísticos. Al contrario, un escritor que —como

Dumas— se encamina hacia España para recrearse más que para examinar una realidad nacional extranjera, para divertir al lector más que para informarle, no recogerá más que unos pobres frutos lingüísticos, sin que se le ocurra contemplar esa pobreza como el resultado lamentable de un fracaso parcial en su aventura turística.

Otro elemento de variación procede, naturalmente, del dominio anterior, por el autor, del castellano, del catalán, del euskera, de un dialecto occitano o del italiano. Por razones conocidas, Hugo se encuentra en la situación más favorable, respecto al euskera y al castellano, que la mayoría de sus colegas escritores, y efectivamente una parte de su relato titulado "Autour de Pasajes" está adornado con expresiones en vascuence. A priori, el dominio del italiano por Boucher de Perthes hubiera podido redundar en una ventaja a la hora de oír hablar español y de transcribir palabras en ese idioma; desgraciadamente, los recuerdos italianos que se hacen demasiado invasores e irreprimibles contribuyen a la fea italianización del castellano de este autor, de la misma forma que los autores galos, ignorantes del italiano tanto como del español, suelen "galicizar" este último idioma. En definitiva, si se tuviera que constituir una especie de "palmarés" para calibrar los méritos lingüísticos de los autores, o sea para tomar en cuenta sus esfuerzos en el aprendizaje del español, quizá se llevara la palma Gautier que, a pesar de tener la honradez de confesar durante su primer viaje a España que "son vocabulaire était encore très borné", llegará ulteriormente a escribir a la cantora cubana María Martínez:

"Pido perdon a usted de mis faltas de grammatica y syntaxis; hablo como puedo, mal, pero usted es una persona tan fina que usted entendra todo"².

Otro elemento de variación que tiene repercusiones sobre la naturaleza y la cantidad de los elementos lingüísticos españoles incorporados en el texto francés merece una atención redoblada porque es fomentadora de engaño. En la mayoría de los casos, la presencia de palabras de uso corriente durante un viaje —como "caballero", "venta", "puchero"— se explica fácilmente por la confrontación personal, directa, del viajero con la realidad idiomática captada *in situ*, o sea en la calle, la diligencia, la venta, la plaza de toros... Aunque no se pueda descartar que esa pobre colección de palabras de uso corriente proceda

(2) Citado por Jean-Claude Berchet en su prólogo al *Voyage en Espagne*, Paris, Garnier-Flammarion, 1981, p. 30.

también de la lectura de relatos impresos anteriores, de diccionarios bilingües y de guías en español, el lector tiene pocos motivos para poner en tela de juicio la realidad del aporte personal del observador; y tampoco cuando el autor da la impresión de haber tomado la iniciativa de transcribir inscripciones grabadas en la piedra de los monumentos, o textos de carteles teatrales o artículos de gacetas. Pero cuando se interpone la voluntad de disimular hábilmente las fuentes de inspiración para mantener una ilusión de originalidad, resulta difícil evaluar el papel que pudieron desempeñar todas esas referencias escritas en lengua española. En algunos pocos casos los autores —lo veremos con G. Sand— señalan honradamente a qué obras acudieron para emplear en su debido sentido y correcta grafía algunos términos ajenos a la panoplia de las palabras españolas más o menos conocidas ya del público francés.

Pero, en otros muchos casos, una exploración sistemática de las posibles fuentes no dejaría de revelar que el autor, incapaz de concebir personalmente, sobre el terreno, lo que serían algunas particularidades institucionales, financieras, culturales, etc., transcribió probablemente pasajes de algún libro español.

Como ya se intuye, la naturaleza del vocabulario español incorporado varía con la naturaleza de la curiosidad que aguijonea a los autores y, por consiguiente, varía con los dominios sobre los cuales se focaliza su atención. De esta forma tienden a singularizarse los visitantes que, haciéndose ensayistas, ideólogos, políticos..., acompañan la observación (visual y auditiva) de una dosis, más o menos alta, de reflexión. Constituyen casos límites el marqués de Custine y Roland Faure que, en lugar de contentarse con describir paisajes y monumentos y aspectos externos de la vida cotidiana, multiplican juicios y comentarios, con la consiguiente irrupción en su texto de términos españoles, a menudo abstractos y de uso nada corriente, que remiten a la política, a la religión, al pasado remoto, a la civilización³.

Pero, si se deja de lado a esos viajeros que intelectualizan su observación y que, a lo mejor, hubieran sido capaces de hablar de España, empleando palabras y expresiones castellanas, sin haber pasado el Pirineo, la mayoría de los viajeros, asimilables a turistas de mirada curiosa y de inteligencia superior a la media, tienden a introducir, en proporciones variables, palabras y expresiones españolas que pertenecen sobre todo a

(3) Rd. Faure, *Souvenirs du Midi, ou l'Espagne telle qu'elle est sous ses pouvoirs religieux et monarchique*, París, Chatet-Delaunay-Delangle, 1831.

Marquis de Custine, *L'Espagne sous Ferdinand VII*, París, Ladvocat, 1838, 4 vols.

los dominios siguientes y que constituyen una especie de denominador común. (A cada apartado hago corresponder algunas palabras cuya presencia llega a revestir un carácter de casi obligatoriedad):

- los transportes (diligencia, galera, mayoral, zagal)
- el alojamiento colectivo (venta, posada, fonda, casa de huéspedes)
- las comidas, los alimentos y las bebidas (gazpacho, puchero, aceite, horchata)
- los espectáculos que se dividen en tres clases:
 - la corrida de toros (ruedo, banderillero, muleta)
 - los bailes, las danzas y los instrumentos musicales (cachucha, bolero, jota, castañuelas)
 - el teatro (sainete, jornada, corral)
- los vestidos, calzados y adornos (chaleco, alpargatas, montera)
- los oficios (sereno, aguador, ventero)
- la vegetación, los cultivos y las frutas (palmera, algarrobo, limón, naranja)
- las fórmulas de cortesía, expresiones populares, interjecciones y exclamaciones (buenos días, por favor, ¡vaya Vd. con Dios!, ¡una limosna, por Dios!).

Las variaciones personales⁴

Para llegar a diferenciar a los autores según la actitud que adoptan a la hora de incorporar elementos lingüísticos españoles, me he lanzado a un cálculo poco científico y habitual pero que permite, si no fundamentar sólidamente, por lo menos esbozar una clasificación de los autores según la proporción de

(4) Para seleccionar los relatos que se podían estudiar, me he inspirado sustancialmente en Émile Bégín que en su *Voyage pittoresque en Espagne* (1852) señalaba las obras que en su opinión descollaban en Francia a mediados del siglo pasado:

“Grâce aux livres plus spirituels que profonds de MM. Adolphe Blanqui, Auguste (?) Challamel, Alexandre Dumas, Théophile Gautier, Charles Didier, Prosper Mérimée, Alexis de Garaudé, etc., la Péninsule ibérique a pris chez nous des lettres de naturalisation; nous commençons à l’apprécier, à la connaître”.

Para no alargar desmedidamente el tamaño de este artículo y también para atenuar los efectos eventuales de la variante temporal, me he resignado a descartar varios textos que tenían un indudable interés, pero que se referían a viajes a España efectuados por autores conocidos entre 1825 y 1835, es decir en la fase ascendente de la moda romántica en Francia. Como se verá a continuación,

las unidades semánticas españolas que utilizan en sus respectivos relatos, tomando en cuenta el número de páginas de los mismos. Las modalidades técnicas de ese cómputo son las siguientes:

—Una palabra determinada, aunque utilizada varias veces a lo largo del relato sólo se contabiliza una vez.

—Una frase, un refrán, una expresión idiomática, incluso una pequeña poesía transcrita integralmente, también se contabiliza una vez, por estimar que se trata de una unidad de sentido y porque no tiene interés fijarse en los términos meramente instrumentales, como son los artículos, preposiciones, conjunciones, adverbios, etc.

—Se han eliminado los nombres que designan ciudades, ríos, montañas, monumentos, personajes, y que por sí solos

los relatos examinados remiten a viajes efectuados exclusivamente entre 1838 (Stendhal) y 1862 (Davilliers), habiendo empezado ya la época post-romántica. Los principales textos eliminados, ordenados según la fecha de las estancias en la península, son los siguientes (las ediciones mencionadas son las que he consultado):

- Adolphe Blanqui, *Voyage à Madrid*, Dondey-Dupré, París, 1826
 - Viaje en 1825
- Prosper Mérimée, *Lettres d'Espagne*, "Le Regard Littéraire", París, Editions Complexe, 1989
 - Viaje en 1830
- Roland Faure, *Souvenirs du Midi, ou l'Espagne telle qu'elle est sous ses pouvoirs religieux et monarchique*, París, Chatet-Delaunay-Delangle, 1831
 - Viaje en ¿1831?
- Marquis de Custine, *L'Espagne sous Ferdinand VII*, París, Ladvocat, 1838, 4 vols.
 - Viaje en 1831
- Edgard Quinet, *Mes vacances en Espagne*, París, Comptoir des Imprimeurs Unis, 1846
 - Viaje en ¿1836?
- Charles Didier, *Une année d'Espagne*, París, Dumont, 1837, 2 vols.
 - Viaje en 1837

Las fechas, no siempre fiables, de los viajes y estancias que alimentan los textos estudiados en este artículo son las siguientes:

- Stendhal, 1838
- Dembowski, 1838-1840
- Flaubert, 1840
- Gautier, 1840
- Sand, 1841
- Challamel, 1843
- Hugo, 1843
- Dumas, 1847-1848
- Garaudé, 1851
- Bégin, 1852
- Boucher de Perthes, 1855
- Davilliers, 1862

plantean problemas específicos (¿“Reyes Católicos” o “Rois catholiques”?, ¿“Jerez” o “Xérès”?, ¿“Armería Real” o “Armurerie Royale”?). Para que este cálculo y esa comparación conserven algún sentido, se han descartado los “corpus” demasiado cortos, porque en los pequeños textos que constan de unas pocas páginas las enormes variaciones numéricas constatadas pierden toda significación. De no ser por la notoriedad de los autores, también se hubiera podido eliminar los relatos brevísimos de Stendhal y Flaubert, que tienen poco que ver con los libros importantes (por el número de páginas) de Gautier y Davilliers.

Valga lo que valga el método de cálculo, se llega al “palmarés” siguiente que calibra la variada penetración del idioma español en los textos redactados en francés:

Stendhal⁵

No tendría mucho sentido profundizar en cualquier cálculo cuando sólo surgen tres palabras españolas a lo largo de la docena de páginas dedicadas por Stendhal a su estancia brevísima en Irún y Fuenterrabía. Reaccionando con sinceridad, confiesa que el idioma español hablado es totalmente hermético para un profano como él:

“Je comprends l'espagnol en lisant le journal, mais dans la conversation, tout occupé à ce que je veux dire, je ne me souviens plus des mots: je parle italien ou anglais à mon basque”.

La proporción (tres palabras en doce páginas) condena a atribuir a Stendhal el último puesto en nuestra clasificación, o sea a constatar la pobreza máxima de la presencia lingüística española en el texto francés.

Flaubert⁶

A lo largo de las escasas cinco páginas que consagra Gustave Flaubert al relato de su corta estancia en España ¡que no le lleva más allá de Irún!, no se encuentran más que tres unidades semánticas, con lo cual el autor de *Madame Bovary* se coloca en el penúltimo puesto en nuestra clasificación. Sin dar la impresión de sentirse molesto o defraudado por su total ignorancia del idioma español, al contrario Flaubert parece experimentar una fruición particular en no entender ni pizca en “la chanson

(5) Stendhal, *Voyage dans le Midi*, Sceaux, Jean-Jacques Pauvert, 1956, pp. 93-105.

(6) Gustave Flaubert, “Bordeaux, Pays Basque, Pyrénées, Languedoc, Marseille, Toulon, Corse” (1840), en t. I (“Voyages”), *Oeuvres Complètes*, Paris, Les Belles Lettres, 1948, pp. 20-24.

espagnole chantée par une vieille voix". La presencia homeopática del idioma español en su texto se concreta en: "boléro" que era ya una palabra casi integrada en el idioma francés (con acento en la "e") de aquella época, "buenas noches", saludo de los campesinos, sumamente corriente, y, por fin, "christinos" (con la "h" inútil, que señala un efecto de mimetismo con la grafía francesa), palabra que, al lado de "Carlistes", pertenecía a la plena actualidad política de aquellos años.

Boucher de Perthes⁷

El caso del penúltimo —cronológicamente hablando— visitante de España en 1855 (dentro de los límites de nuestra colección), Boucher de Perthes a quien toca ocupar el antepenúltimo puesto en nuestra clasificación (16 unidades semánticas, en 608 páginas, coeficiente: 2,6%), prohíbe decir, sin ir más lejos, que la incorporación de palabras españolas va en aumento conforme van pasando los años.

Como Stendhal, confiesa Boucher de Perthes: "Dans toutes les conversations, je ne saisissais que des bribes de phrases", pero ese fracaso no obsta para que, empeñándose en transcribir algunas palabras, se apunte el récord de la indecorosa deformación gráfica: de ahí, "cabaliero", "buona", "guarda nationale", "ciurgiano".

En efecto, se acumulan, en el caso de Boucher de Perthes, los efectos lastimosos de una burda aproximación y de una italianización a ultranza (por ejemplo, ¡llama "mandolines" a las ibéricas guitarras!).

Dumas⁸

Con Alexandre Dumas damos un salto adelante cuantitativo (75 unidades semánticas) pero, dado el tamaño monumental de la obra (más de mil páginas), el coeficiente de 6,4% no autoriza a situar a este escritor muy por delante de Boucher de Perthes. Se produce aquí un fenómeno de dilución: sólo de cuando en cuando sale un término español y ¡en que pésimo estado gráfico! Dumas es, tras Boucher de Perthes, el subcampeón de la deformación: "mosso", "garbanso", "baylès", "pugnatero", "pace" (paz), "pupillo", "calessino", "un malo sitio", "diligensa".

Pero Dumas no le va en zaga a Boucher de Perthes, sino que le supera en cuanto al modo desenfadado y burlón, casi cínico, con que proclama que le tienen sin cuidado los matices léxicos:

[7] Jacques Boucher de Perthes, *Voyage en Espagne et en Algérie*, en 1855. París, Treuttel et Wartz, 1859.

[8] Alexandre Dumas père, *Impressions de voyage - De Paris à Cadix*, París, Garnier, 1847-1848, 5 vols.

“Venta”, ou “fonda”, ou “parador”, tous mots qui peuvent à peu près se traduire plus ou moins fidèlement par celui d’“hôtellerie”.⁹

George Sand¹⁰

Con 35 unidades semánticas en 180 páginas, a George Sand corresponde el coeficiente 19,4%, notablemente superior a los que hemos apuntado hasta ahora. Efectivamente, más que todos los autores mencionados anteriormente, George Sand manifiesta un claro interés intelectual por la realidad idiomática ibérica y —se podría añadir— más que por la realidad humana. Aprehendiendo aquélla a través de los tradicionales e insoslayables dominios de los transportes, de las danzas y de los vestidos, George Sand da a conocer la existencia de un idioma algo distinto del castellano: el mallorquín; pero lo incluye —no siendo la primera en cometer ese error— en el conjunto de las “langues d’oc”, pareciendo afrancesar así el habla de los habitantes de las Islas Baleares.

Por fin, George Sand forma parte del grupo reducido de los autores galos que no ocultan la procedencia de las expresiones españolas que confieren un “colorido local” —y además, en el caso concreto, científicidad— a su relato. Cuando, por ejemplo, la ilustre inquilina de “Son Vent” en Mallorca alude, con una sorprendente precisión terminológica, a la costa “escarpada y horrorosa, sin abrigo ni resguardo”, el lector se entera de que cita las *Descripciones de las islas Pitusas y Baleares*, de Miguel de Vargas, publicadas en Madrid en 1787.

Bégin¹¹

Tres puntos comunes invitan a colocar a Emile Bégin al lado de George Sand: primero, la igualdad aproximada del coeficiente (23%, por 125 unidades semánticas en 536 páginas); en segundo lugar, la revelación de que, además del castellano, existe —como el mallorquín fugitivamente captado por George Sand— el gallego, que el lector descubre a través de algunas interjecciones y de dos cuartetos poéticos; en tercer lugar, de la misma forma que George Sand pide prestadas expresiones a una obra escrita en español (la de Miguel de Vargas), Bégin no duda en acudir, con el mismo fin, y sin ocultar sus fuentes, a la *España pintoresca, artística y monumental* de Patricio de la Escosura y Genaro Pérez de Villaamil.

(9) *Op. cit.*, t. III, p. 176.

(10) George Sand, “Un hiver à Majorque”, en *Oeuvres complètes*, Ginebra, Slatkine Reprints, 1980, t. XVI, pp. 3-183.

(11) Émile Bégin, *Voyage pittoresque en Espagne*, Paris, Belin-Leprieur-Morizot, 1850.

La característica principal, pero escasamente novedosa, de la realidad lingüística española incorporada por Bégín es la gran variedad de los dominios a los que pertenece el vocabulario transcrito: los alimentos, en primer lugar y, después, los tipos populares, las canciones y —cosa nada corriente— los romances de los siglos pasados y las instituciones.

Challamel¹²

Cuesta trabajo desvelar la hipotética originalidad de Augustin Challamel que bajo distintos puntos de vista ocupa una posición mediana. En efecto, el autor de *Un été en Espagne* no se afana por innovar, pero de hecho innova, paradójicamente, al eliminar casi por completo el vocabulario español tauromáquico. Con unas 70 unidades semánticas, en 212 páginas, alcanza el coeficiente de 33%. Como Bégín, alimenta su relato con un vocabulario español “objetivo” que se refiere a los transportes, a las comidas, a los vestidos, a los monumentos y a los tipos humanos. Como Bégín también, acude al “magnifique ouvrage de M. de Villa-amil, *L'Espagne artistique et monumentale*” y también al *Manual de Madrid* de Mesonero Romanos. Por último, incorpora algunos fragmentos literarios en su idioma genuino, que van desde los romances (con traducciones al francés) hasta un insólito pequeño himno patriótico.

Hugo¹³

Victor Hugo (57 unidades semánticas, en 129 páginas, coeficiente: 44,1%) manifiesta una incuestionable sensibilidad lingüística —de la que alardea con ostentación—, lo que basta para conferirle un talante de perito; pero no basta con apuntar por escrito que está “dans le pays où l'on prononce b pour v” para ponerse al amparo de graves faltas, tales como “qu'est-ce que cela? -de la langosta”, “pensa” (en lugar de “piensa”), “eras” por “serás”, “andamos”, en lugar del imperativo “andemos” o “vamos”. Al contrario de la mayoría de los viajeros que, inhibidos, se resisten a transcribir con las fatales adulteraciones los pobres fragmentos de su pobre discurso en español, Hugo, más seguro de sí y petulante, quiere demostrar —y ya sabemos que da tropezones— que es capaz de formular en castellano y en euskera preguntas y respuestas algo estructuradas.

Por supuesto, la irrupción del “bascuence” (sic) en su texto constituye la originalidad más llamativa respecto a todos los relatos ya examinados. También presentan una sorprendente y

(12) Augustin Challamel, *Un été en Espagne*, Paris, Challamel, 1843.

(13) Victor Hugo, *Alpes et Pyrénées (1839-1843)*, en *Oeuvres complètes*, Paris, Nelson, s.a., pp. 403-532.

fuerte originalidad las perentorias afirmaciones siguientes: "La langue basque est une patrie, j'ai presque dit une religion (...).

La langue espagnole est ici une étrangère comme la langue française"¹⁴.

Mientras que al emplear en castellano sustantivos pertenecientes al registro de la política, de las instituciones y de la arquitectura civil popular, Hugo no salva el nivel de lo corriente, llega a descollar de dos modos: al transcribir en castellano, aunque alteradas, expresiones orales, espontáneas e inéditas; y al transcribir en euskera —como no lo había hecho ningún predecesor— expresiones orales, pobres y familiares.

Garaudé¹⁵

Con Alexis Garaudé (110 unidades semánticas, en 210 páginas, coeficiente: 52,3%) llegamos a los textos en que la presencia de los términos españoles se hace bastante visible. Sin dejar de frecuentar los caminos trillados —las corridas, los vestidos, las danzas, los refranes—, Garaudé establece una manera de récord por sus desaciertos y extrañas iniciativas: transcribe "Generalife" en "Generaliff", da un final francés a "mosquito" convertido en un insólito "mosquite", emplea "banderillo" en lugar de "banderillero", traduce "Peñón de los enamorados" por "flamme des amoureux" y cree en la existencia de la palabra "cigaretta".

Esa torpeza se agrava con el desconocimiento de ciertas palabras en su propio idioma: así las descripciones detalladas que hace de las algarrobas y de los garbanzos parece demostrar su ignorancia de los términos franceses exactamente correspondientes: "caroubes" y "pois chiches".

Dembowski¹⁶

Con el alto coeficiente de 74,5% que corresponde a unas 280 unidades semánticas en 375 páginas, el poco conocido —respecto a los Hugo, Mérimée, Sand y Gautier— Charles Dembowski entra a formar parte inesperadamente del trío de los escritores más hispanizados lingüísticamente. Incluso se lleva la palma por el alto número de canciones íntegramente transcritas: canciones populares (serenatas, coplas de ciego, coplas mallorquinas) y —dato aún más singular— canciones políticas (carlistas y anticarlistas).

También se lleva la palma al transcribir más abundantemente que nadie reflexiones orales, de estructura sintáctica compleja y

(14) *Op. cit.*, p. 414.

(15) Alexis Garaudé, *L'Espagne en 1851, ou Impressions de voyage d'un touriste dans les diverses provinces de ce royaume*, Paris, Dentu, 1852.

(16) Charles Dembowski, *Deux ans en Espagne et au Portugal pendant la guerre civile, 1838-1840*, Paris, Charles Gosselin, 1841.

vocabulario de uso poco corriente, que oyó personalmente o que se han atribuido a personajes históricos, lo que supone la utilización de fuentes ajenas a su propia experiencia hispánica.

Charles Dembowski, al revés de muchos narradores propensos a plagiar y engañar, inspira confianza cuando transcribe, por ejemplo, la reflexión siguiente, proferida por su guía: “¿Por qué no dice Usted que es para llevar a su país la historia de su infamia?”. Hasta hispanistas galos de hoy podrían sacar algún provecho lingüístico de la transcripción de unos refranes o expresiones tradicionales que bien pueden ignorar o haber olvidado, como esa frase popular de amenaza: “Te arrojaré tan alto que has de morir de vejez antes de caer”.

Gautier¹⁷

La lisonjera clasificación de Théophile Gautier en el puesto de “subcampeón”, con un coeficiente de 77%, con 255 unidades semánticas en 331 páginas, no constituye ninguna sorpresa, pero sí para mí la dificultad con que topé para sacar a luz la posible especificidad de su enfoque y de la cosecha lingüística que ofrece. Me había puesto sobre aviso la opinión de Jean-Claude Berchet según el cual el *Voyage en Espagne* es “une oeuvre éclectique”. Efectivamente, una vez constatadas la escasez de los términos que se refieren a la actualidad política y la ausencia —salvo dos excepciones— de transcripciones de letras de poesías y de expresiones singulares oídas sobre el terreno, sólo se puede notar la extraordinaria variedad de los dominios a los que pertenece el vocabulario recogido, constituido esencialmente por sustantivos. En absoluto original al respecto, Gautier se acerca lingüísticamente a los temas siguientes: corrida de toros, medios de transporte, alimentos y bebidas, espectáculos, danzas, vestidos, objetos de uso corriente, oficios, exclamaciones (escuetas, siendo la más elaborada: “Agua, ¿quién quiere agua?”).

Sólo en un dominio —el de la corrida de toros—, con unos 50 términos, deja lejos detrás de sí a sus “colegas”, siendo superado únicamente por el “campeón de todas categorías” —si se puede decir—, Charles Davilliers.

Davilliers¹⁸

Mientras que en algunos casos anteriores no tenía mucho sentido la clasificación que propuse, por ejemplo posponiendo Dembowski a Gautier, creo que se puede afirmar que Charles

(17) Théophile Gautier, *Voyage en Espagne*, Paris, Garnier-Flammarion, 1981.

(18) Gustave Doré et Charles Davilliers, *Voyage en Espagne*, Paris, Hachette-Stock, 1980, pp. 7-247.

Davilliers no usurpa el primer puesto, con el extraordinario coeficiente de 152,5%, dejando muy por detrás a Gautier y a Dembowski. En el texto de Davilliers el promedio es de más de una unidad semántica por página, y son muchísimas las páginas en que las bastardillas señalan la presencia de tres, cuatro o cinco palabras en español. En total, son unas 366 unidades semánticas, distribuidas a lo largo de 240 páginas.

Hemos de suponer —porque lo disimula el autor— que éste consultó algún tratado de tauromaquia para llegar a incorporar la pasmosa cantidad —otra marca que establece— de 113 términos referentes a la corrida.

Bajo varios aspectos, Davilliers se asemeja a Gautier —y no a Dembowski— al pasar por alto los vocablos concernientes a la actualidad política y al no transcribir (por incapacidad o falta de interés) fragmentos de discursos oídos en boca de muleros, venteros y guías, lo que deja defraudado al lector hispanohablante o atento a las realidades lingüísticas.

La principal semejanza con el hispanismo léxico de Gautier es la variedad del repertorio, con el mismo afán por dar a conocer, en su idioma nativo, particularidades tauromáquicas, vestidos, transportes, plantas, oficios y refranes.

La preocupación por acompañar toda descripción del objeto con la palabra española que lo designa —reacción vinculada con un enfoque nominalista de la realidad— fomenta la utilización de palabras raras que a veces a un hispanohablante no le dicen nada, como “añafil” (trompeta morisca muy larga), “marlota” (cierto vestido morisco) o “guadamacelero” (artesano que trabaja el cuero).

Resulta difícil aclarar si ese derroche de palabras españolas respondía, por parte del autor, a una gana de lucirse como erudito o al afán de superar a los predecesores, sin dejar de seguir la moda que, desde hacía varios años, aconsejaba la elegante o divertida incrustación de esos elementos exógenos en el cuerpo del texto en francés.

Conclusión

El desfile de esos doce escritores confrontados con la realidad idiomática española ha puesto de relieve unas notables diferencias de reacción individual y un amplio abanico de tratamientos posibles a nivel de la escritura narrativa. En cuanto a las reacciones, y dejando de lado a los autores (Flaubert, Stendhal) a quienes hasta faltó tiempo para percatarse de la especificidad de la realidad idiomática española, se ha advertido la gran

riqueza de una gama que admite contradictoriamente la indiferencia apenas disimulada ante esa realidad idiomática (Boucher de Perthes) —indiferencia que corre pareja con el desconocimiento del castellano—, y, en el polo opuesto, una viva curiosidad por ese idioma extranjero, que se plasma en el acopio, más o menos abundante, de sustantivos, expresiones y mini-textos poéticos.

Esta presencia revela en los autores, según proporciones variables, sea algún conocimiento personal del español, anterior al viaje a la península (Hugo), o, más a menudo, adquirido en el transcurso del mismo o durante una estancia prolongada (Dembowski), sea la utilización, intemperante, de fuentes escritas, en general pasadas en silencio (Davilliers).

Los perfiles individuales de los autores se transparentan a través de las preferencias que han atribuido, en forma más o menos alternativa, a la España "ideologizada" (Roland Faure, no estudiado aquí) o a la España "sin ideas" (Garaudé, Bégin, Dumas), a la España de los objetos o a la España de los seres vivos (actuación de los toreros, costumbres, categorías profesionales).

El tratamiento reservado al idioma español en su forma nativa también revela la diversidad de los talentos intelectuales de los autores, desde el rigor minucioso en la transcripción (Davilliers) hasta el descuido desenfadado (Dumas).

Ese tratamiento revela por último la amplitud del margen de maniobra que una tendencia literaria pasajera deja al escritor, ya que en definitiva se trata para esos narradores de satisfacer una demanda colectiva de "dépaysement" léxico y, al mismo tiempo, de preservar una originalidad mínima dentro de los límites señalados por esa moda ávida de exotismo.